

The book cover features a dark, red-tinted background. A large, bright red full moon is positioned on the left side. In the center, there is a dark silhouette of a person, possibly a vampire, standing in a doorway or a similar architectural opening. The overall atmosphere is mysterious and gothic.

Relatos de vampiros

Polidori, Capuana, Scott,
Maupassant y otros

Los vampiros han acompañado a los seres humanos desde el principio de los tiempos. Los egipcios temían a un pájaro «bebebor de sangre», al que se consideraban la reencarnación de un inocente ajusticiado, que había adquirido esa forma para atacar durante las noches a los hijos de sus enemigos.

Los antropólogos han localizado el origen de los vampiros en las enfermedades de la pérdida de sangre, que los antiguos atribuían a seres diabólicos que atacaban durante la noche en busca del alimento que necesitaban para sobrevivir.

El nacimiento del primer vampiro, de acuerdo a una antigua leyenda, se debió a un sueño que tuvo Adán antes del nacimiento de Eva. En el transcurso del mismo deseó intensamente una compañía femenina y se sintió repentinamente satisfecho. Este principio de vida que no pudo generar otra similar, se mantuvo en activo con una fuerza sobrehumana de supervivencia. En el momento que este germen de desesperación encontró un cadáver, surgió el primer vampiro.

Introducción

Victoria Robbins

Los orígenes de un mito.

Los vampiros han acompañado a los seres humanos desde el principio de los tiempos. Los egipcios temían a un pájaro «bebedor de sangre», al que consideraban la reencarnación de un inocente ajusticiado, que había adquirido esa forma para atacar durante las noches a los hijos de sus enemigos.

Los antropólogos han localizado el origen de los vampiros en las enfermedades con pérdida de sangre, que los antiguos atribuían a seres diabólicos que atacaban durante la noche en busca del alimento que necesitaban para sobrevivir.

El nacimiento del primer vampiro, de acuerdo a una antigua leyenda, se debió a un sueño que tuvo Adán antes del nacimiento de Eva. En el transcurso del mismo deseó intensamente una compañía femenina y se sintió repentinamente satisfecho. Este principio de vida que no pudo generar otra similar, se mantuvo en activo con una fuerza sobrehumana de supervivencia. En el momento que este germen de desesperación encontró un cadáver, surgió el primer vampiro.

Una acertada definición.

La acertada definición que redactó Collin de Plancy en su *Diccionario infernal*, publicado en 1803, dice: «Se da el nombre de *upiers*, *upires* o *vampiros*, en Occidente; de *brucolacos*, en Medio Oriente, y de *katakhanes*, en Ceilán, a los hombres muertos y sepultados desde hace muchos días que regresan hablando, caminando, infectando los pueblos, maltratando a los hombres y a los animales y, sobre todo, sorbiendo su sangre, debilitándolos y causándoles la muerte. Nadie puede librarse de su peligrosa visita si no es exhumándolos, cortándoles la cabeza y arrancándoles y quemándoles el corazón. Aquellos que mueren por causa del vampiro, se convierten a su vez en vampiros».

Singularmente, en la zona de los Pirineos se daba el nombre de *brucolacos* a los ahorcados injustamente, que abandonaban sus tumbas durante las noches para chupar la sangre a sus verdugos, sin detener este ataque hasta que los habían arrebatado la vida.

En el *Rapaganmek* Acadio es el primero en anticipar la figura clásica del vampiro literario. En la tablilla de la diosa Istar *Descenso al país inmutable* ya se condensa por completo la esencia de estas diabólicas criaturas. Los vampiros en Grecia eran llamados *Vaimones Protoxivi*. Y en la Edad Media nacieron los *luttins* de los normandos y los *voukod-laks* de los eslavos.

La eclosión del vampirismo.

La leyenda de los vampiros había ido desapareciendo de Europa, cuando en el siglo XVII el abad Dom Agustín

Calmet, un erudito en arqueología y teología, a la vez que en los temas bíblicos publicó un librito titulado *Vampiros de Hungría y los alrededores*. Como se cuidó de incluir testimonios médicos sobre el desenterramiento de infinidad de cadáveres incorruptos en los países que formaban la región de Transilvania, creyó estar ante unos evidentes casos de vampiros:

Durante el presente siglo, un nuevo panorama se ofrece ante nuestros ojos en Hungría, Moravia, Silesia y Polonia. Es un fenómeno que viene produciéndose desde hace unos sesenta años. Cuentan las gentes, que han visto a muertos, que llevaban varios meses enterrados, volver, hablar, caminar infestar pueblos enteros, maltratando a los hombres y animales, chupando la sangre de los inocentes, a los que enferman y, por último, los llevan a la muerte. De esta desgracia nadie se salva, porque es imposible evitar las visitas de tales enemigos. El remedio parece ser desenterrar a estos muertos, cortarles la cabeza, arrancarles el corazón o quemarles. Se confiere a estos resucitados el nombre de upiros o vampiros, que es como tacharlos de sanguijuelas. De ellos se describen tantas particularidades, todas ellas detalladas y revestidas de hechos tan evidentes, y de informaciones jurídicas, que uno debe creer a los habitantes de estos países cuando afirman que los resucitados salen de sus tumbas para causar tanto daño.

Ciertos sectores de la Iglesia, unido a unos editores avispadados, convirtieron la obra de Calmet en una «lectura obligada» dentro de toda Europa. Se diría que contaban con el antídoto para frenar el avance tan espectacular del protestantismo. Así resurgió el mito de los vampiros con una fuerza inusitada.

Voltaire llegó a escribir: «... No se oye hablar más que de vampiros entre 1730 y 1735; se les descubre en todas partes, se les tiende emboscadas, se les arranca el corazón, se les quema...». Pero el gran pensador francés llegó a más, al considerar que se estaba dando muerte a centena-

res de incautos, cuando los verdaderos «vampiros» eran los poderosos que «chupaban la sangre de los más débiles» o los «religiosos que abusan de la ignorancia del pueblo».

Actualmente se ha podido comprobar que ciertas capas arcillosas, lo mismo que otras clases de tierras, son capaces de mantener una temperatura cercana a los 0 °C, con lo que impiden que se corrompan los cadáveres... ¿Cuántos muertos han sido considerados, al ser desenterrados, santos... o vampiros por el simple hecho de que sus cuerpos se mantuvieran intactos? Todo se basaba en que el cementerio se encontrara en una región católica o en otra pagana.

Una realidad inquietante.

Puede afirmarse que desde siempre la sangre ha sido unida a la juventud, lo mismo que a las enfermedades. Los médicos babilónicos podían ser considerados «sangradores», debido a que recurrían a las sangrías para curar a sus pacientes, al creer que provocaban una regeneración del cuerpo al expulsar el mal. Todo un error, debido a que sólo lograban el debilitamiento del enfermo.

Este recurso continuó siendo utilizado, en casi todo el mundo, hasta el siglo XVIII. Mientras tanto, la idea de que la sangre era sinónimo de juventud daba pie a algunos de los crímenes más espantosos de la Humanidad. Como los perpetrados por la condesa Elizabeth de Bathory, la cual sometió a infinidad de jóvenes vírgenes a unas torturas sexuales, para extraerles la sangre que luego ella misma bebía dentro de un festín diabólico. Como lo que estamos narrando sucedió a principios del siglo XVII en Transilvania, es posible que esta historia influyera en las leyendas sobre los vampiros recogidas por el abad Dom Agustín Calmet.

También podríamos mencionar a otros grandes «bebedores de sangre» que han quedado en la Historia como au-

ténticos monstruos, como Gilles de Rais, que en el siglo XV se dedicó a matar niños para extraerles tan preciado líquido. Conviene citar los casos actuales, aunque mucho menos dramáticos, de enfermos mentales que creen necesitar el «alimento básico de la sangre», aunque en la mayoría de los casos se conformen con la de los animales.

Otro hecho clave es la importancia que la Iglesia concede a la sangre, ya que constituye el centro mismo de la Misa, cuando el simple vino es convertido en sangre de Jesucristo en la consagración. Toda una ceremonia que algunos autores, como Bram Stoker, utilizaron para conferir una identidad inmortal y diabólica al vampiro: la contraposición de Dios, por eso se sirve de un cáliz para recoger su propia sangre, como Manuel Yáñez Solana nos muestra en su impresionante relato *La sangre del vampiro*, que cierra este libro que tiene usted en sus manos.

Drácula, el rey de los vampiros.

El irlandés Bram Stoker publicó la novela *Drácula* basándose en las leyendas surgidas en la Europa Central, sobre todo en Transilvania. Es posible que hubiese leído el libro del abad Dom Agustín Calmet, así como los relatos de Polidori (que incluimos en este libro) y de otros autores. De lo que no hay duda es que tomó como referencia al caudillo válaco Vlad, *el Empalador*, que mostraba un gusto exacerbado por la sangre de sus víctimas.

Si estudiamos la biografía de Bram Stoker, nos encontramos con un hombre reservado, seguidor del esoterismo y un periodista que conocía el oficio, sin destacar por su brillantez. La mayoría de sus relatos reúnen el gancho de lo popular, al ofrecer el estilo más conveniente para la prensa, que en aquellos tiempos recurría a las llamadas «novelas

por entregas» o a los cuentos más o menos sensacionalistas.

Pero *Drácula* resultó todo un acierto, al convertirse en lo que se ha considerado la catedral del vampirismo. La novela está redactada en forma epistolar, lo que resultaba bastante corriente entonces (en Inglaterra la alta burguesía acostumbraba a escribir su Diario). Un recurso más directo, al ahorrarse muchas gratuitas descripciones.

El argumento de esta novela puede resumirse de la siguiente manera: Jonathan Harker, un joven empleado de una firma inglesa dedicada a la compra y venta de fincas, llega a Transilvania para entrevistarse con el conde *Drácula*, el cual desea adquirir una propiedad en Londres. Desde el primer momento que Jonathan pisa aquellas tierras, advierte que ha entrado en un mundo cargado de supersticiones y amenazas tangibles, como la muerte de mujeres y niños, lobos sanguinarios, paisajes salidos de los infiernos y un castillo que parece haber sido edificado para dar alojamiento al mismo Satanás.

Todo lo anterior sólo es la antesala de la gran presencia, del vampiro por antonomasia: *Drácula*. Bram Stoker le confiere esta imagen: *Su rostro era firmemente aguileño, exhibía una frente alta y abombada, y sus sienes aparecían cubiertas por un cabello ralo, que se hacía bastante abundante en toda la cabeza. Sus cejas casi quedaban juntas en el ceño al ser tan espesas, y se hallaban compuestas por un pelo tupido que adquiría una curva pronunciada debido a su profusión. La boca resultaba cruel debido a su firmeza, en la que aparecían unos dientes blancos y afilados, que le asomaban por encima de los labios. Éstos eran tan rojos que delataban una energía prodigiosa en un hombre de avanzada edad. Por otra parte, exhibía unas orejas pálidas y exageradamente puntiagudas en la zona superior. En todo su semblante dominaba una palidez extraordinaria...*

Pero si la figura del vampiro impresiona, mucho más sobrecoge su comportamiento: no se refleja en los espejos,

sólo recibe a su invitado durante la noche, es capaz de descender por las paredes del castillo como lo haría un gato y, cuando Jonathan se ve asediado por unas bellísimas arpías, interviene como un tirano poderoso para dejar claro que el «joven inglés» sólo a él le pertenece.

Puede resumirse esta parte de la novela como un macabro preámbulo de una tragedia, que irá adquiriendo tintes de apocalipsis en un barco que atraviesa el Canal de la Mancha llevando en sus bodegas el ataúd del conde *Drácula*. Frente a las costas de Inglaterra, éste abandona la embarcación después de adquirir la forma de un perro gigantesco. Un suceso que va a ser encadenado con el ataque del vampiro, sobre unas bellísimas jóvenes londinenses, una de las cuales es la prometida de Jonathan Harker.

Como las jóvenes se consumen por culpa de una enfermedad misteriosa, se recurre a los servicios del doctor Van Helsing. Y éste personaje se convertirá, nada más aparecer, en un incansable cazador de vampiros. Gracias a sus recursos, sobre todo el empleo de ajos y de cruces, junto a las puertas y las ventanas completamente cerradas, se logra detener los primeros ataques.

No obstante, *Drácula* cuenta con tantos poderes, que es capaz de influir en la mente de un loco homicida para que le permita la entrada allí donde se encuentra su víctima más preciada. Ha convertido a una de las jóvenes en una vampira. Y cuando intenta hacer lo mismo con Mina Harker, que ya es esposa de Jonathan, a la que materialmente ha dado muerte, es destruido...

¿Destruído? La literatura y el cine nos han demostrado que por muchas afiladas estacas que se claven en el corazón de *Drácula*, durante el día y mientras yace en el ataúd que le sirve de lecho, siempre resucita.

Bela Lugosi o la metamorfosis.

Hemos de reconocer que Hollywood universalizó el mito de los vampiros gracias a sus películas de los años 30. El actor que dio cuerpo e interpretación a *Drácula* fue Bela Lugosi. Puso tanto de sí mismo en sus caracterizaciones, que terminó creyéndose un vampiro, aunque no le diese por beber sangre humana. Realmente se introdujo de tal manera en el papel, lo vivió con una intensidad propia de una metamorfosis.

No sólo interpretó en varias ocasiones a un vampiro, lo mismo en el cine como en el teatro, sino que vestía en la calle como en el escenario y adoptó gestos y hábitos propios de esos diabólicos personajes. Hasta que se le consideró loco.

Otro gran intérprete de *Drácula* fue Christopher Lee. Su caracterización fue tan perfecta que somos muchos los que, al imaginar al famoso vampiro, lo vemos con la imagen brindada por este famoso actor británico. Pero Lee era tan versátil que consideró el trabajo como otro más, a pesar de realizarlo de una forma excepcional.

Mención aparte merece Terence Fisher, como la figura del profesor Van Helsing o el cazador de vampiros. Otra de las grandes interpretaciones en el cine que no olvidaremos. Esto se lo debemos a la productora inglesa Hammer, que se encargó de reactualizar el mito de *Drácula*, en la década de los sesenta, de la manera más acertada.

Un vampiro real más reciente.

El 2 de julio de 1931, en el patio de la prisión de Klingelpütz, en Colonia, era llevado al patíbulo Peter Kürten, el cual ha quedado registrado en la historia de la criminología como *El vampiro de Düsseldorf*.

Los jueces le probaron nueve asesinatos, aunque quedó la sospecha de que cometió muchos más. Kürten actuó co-

mo un auténtico vampiro. Asesino maniaco-sexual, buscaba a sus víctimas entre los chicos y chicas, a las que llevaba a un bosque cercano a Düsseldorf. Allí les abría una herida en la garganta con unas tijeras y, después de chuparles la sangre, las remataba.

Como vemos Kürten fue un vampiro real. No era un «nomuerto» como *Drácula*, sino un ciudadano sin ataúd, que en lugar de abandonarlo para chupar la sangre de los vivos salía de su domicilio, situado en una calle de Düsseldorf, con el aspecto de un obrero normal y corriente. Para convertirse en un monstruo en el momento que se encontraba junto a sus jóvenes víctimas.

El primer relato de vampiros.

Sobre lo que pudo suceder en Villa Diodati, una mansión situada en las proximidades de Ginebra, se ha hecho mucha literatura, la mayoría de la cual puede ser considerada una mitificación. Lo que ha quedado como cierto es que allí se reunieron lord Byron, el poeta que ya se veía rodeado de una estela de diabólico romanticismo, el doctor Polidori, Percy, Mary Shelley y Claire.

Como no cesaba de llover, se vieron obligados a permanecer en la casa. En sus reuniones tocaban todos los temas, especialmente los literarios. Al parecer disponían de varios libros sobre fantasmas, por lo que terminaron desafiándose a escribir un cuento de esta clase en el menor tiempo posible. Todos aceptaron el reto. Sin embargo, nada más que dos de ellos cumplieron su palabra: Mary Shelley, al crear la novela *Frankenstein*, y Polidori con *El vampiro*.

Caprichos del destino: este relato de *El vampiro* fue publicado en 1819, cuando su autor lo había olvidado por completo, al considerarlo una obra menor. Al principio se creyó que lo había escrito el mismo Lord Byron, porque los

editores utilizaron un recurso publicitario que así invitaba a suponerlo, aunque en los ejemplares no se hubiera incluido el nombre del autor.

El vampiro es considerado por muchos como el primero de los relatos de este género, porque ofrece todas las características básicas del monstruo: la inmortalidad, el dominio en su provecho de las debilidades humanas hasta conducirlos a la autodestrucción, la fascinación diabólica sobre las mujeres y los hombres, el poder de resucitar y un desprecio absoluto por todo lo humano, aunque lo utilice como elemento de conquista, supervivencia y destrucción. Otra de las novedades del relato hemos de verlo en «que el mal no es castigado», ya que, como sucede con el Diablo, siempre escapa nada más causar las tragedias irreparables, al destruir a las criaturas más hermosas con una crueldad propia de los avernos.

Otras variantes del vampirismo.

Las vampiras más clásicas son *Carmilla*, de Sheridan Le Fanu, y *Clarimonda*, de Gautier. No les anda a la zaga *Verónica Aisworth*, que es la vampira de *Orgasmos de sangre*, el cuento de Carter Scott, que ofrecemos en el libro que ha empezado usted a leer.

Las vampiras no se diferencian materialmente de sus «hermanos» masculinos, excepto en que ofrecen toda la hermosura fascinante de las grandes amantes de la historia: Cleopatra, Mesalina, Lucrecia Borgia, etc. También son dueñas de grandes riquezas y cuentan con un séquito fiel de criaturas infernales.

Pero los vampiros pueden adquirir otras formas, como las del supuesto hijo de un sultán, en un cuento que forma parte de los dos centenares largos que dan forma a *Las mil y una noches*. Este engendro es clarividente, puede trans-

formarse en el ser humano que estime conveniente o en cualquier animal, se alimenta de los cuerpos y la sangre de los hombres y mujeres y su «trabajo» principal es sembrar el mal por toda la zona donde se encuentra, al actuar como una especie de demonio. Esto no impide que pueda ser combatido con astucia.

Otras formas de vampirismo son las criaturas invisibles, de las que ofrecemos unos buenos ejemplos en *¿Qué era aquello?*, de O'Brien, y en *El Horla*, de Maupassant. Enemigos muy distintos entre sí, ya que si el primero se limita a atacar, después de sembrar el terror con sus paseos casi fantasmales en el interior de un edificio, mientras que el otro ejerce un dominio mental y físico sobre su víctima, hasta casi arrastrarla a la locura...

Podríamos enumerar otras formas, como las de la Inquisición, con su cruel sentido de convertir a los infieles, que se aprecia en *La promesa*, de Villiers de l'Isle Adam. Lo que nos importa es dejar claro que estamos analizando un fenómeno que va más allá de lo literario.

Como anécdota diremos que en América del Sur, sobre todo en Argentina y Uruguay, hay unos enormes murciélagos, a los que se da el nombre de vampiros por su afición a posarse sobre las vacas, los caballos y otros animales de gran tamaño para chuparles la sangre. La leyenda cuenta que también atacan a los hombres, cuando éstos duermen en el campo o han dejado abiertas imprudentemente las ventanas de sus dormitorios.

Ahora que hemos dado un repaso a la teoría sobre los vampiros, creemos obligado recomendar que pase usted a la práctica, con la atenta lectura de los relatos que hemos seleccionado.

El vampiro

John William Polidori

John William Polidori nació en 1796. Sus padres eran unos italianos cultos, que habían encontrado un excelente trabajo en Inglaterra. Como en la casa se amaba la poesía, dado que el cabeza de familiar era un excelente poeta y traductor, no ha de extrañar que Polidori iniciara su actividad literaria como rapsoda, sin dejarla carrera de medicina, que concluiría con altas calificaciones. Acababa de cumplir los veintidós años cuando conoció a Lord Byron, el excepcional poeta y aventurero romántico. Este encuentro resultó decisivo para el futuro de Polidori, a pesar de que el genio se burlara de él llamándole «el doctorcillo».

Puede decirse que la fama de Polidori proviene de haber tomado parte en la famosa velada del 18 de junio, en Villa Diodati, donde varios jóvenes autores se desafiaron a escribir una obra de terror en el menor tiempo posible. Si Mary Shelley, una de las asistentes, dio forma al mito del doctor Frankenstein, Polidori no le anduvo a la zaga al crear el personaje del vampiro lord Ruthven, que se convertiría en uno de los arquetipos de los muchos «nomuertos bebedores de sangre» que han aparecido en los relatos de Terror.

Polidori se suicidó en 1821, enloquecido, después de ingerir una fuerte cantidad de veneno.

Ocurrió durante las fiestas que se celebraron en Londres durante el invierno. En diferentes salones de la sociedad que concedía fama de nobleza, comenzó a aparecer alguien muy peculiar. Se limitaba a cumplir el papel de observador, dando idea de que era incapaz de participar del bullicio. Pronto se advirtió que le llamaba la atención la sonrisa de las mujeres más hermosas, a las que dejaba sin habla con el simple hecho de contemplarlas, como si quedaran sumidas en un cierto temor combinado con un inusitado aturdimiento. Quienes sufrían esta situación, tan cercana al pánico, no sabían explicar con claridad la causa real: algunas la localizaban en unos ojos de un gris apagado que, al lijarse en ellas, actuaban como un rayo que presionaba la piel sin llegar a atravesarla. Esto provocó que se le invitara en todas partes, al querer tenerle cerca. Pero los acostumbrados a las fuertes emociones terminaban sintiéndose indefensos ante aquel extraño.

Todos aceptaban que era atractivo, pese a la palidez cadavérica de su cara, la cual nunca se había visto iluminada por el rubor de la pasión, la vergüenza o las fuertes emociones. Como varias de las perseguidoras de notoriedad pretendieron atraer su interés, para conseguir alguna prueba de lo que consideraban afecto, le salieron al encuentro. Una de éstas fue lady Mercer, que al convertirse en una mujer casada parecía haberse dedicado a coleccionar amantes de lo más originales. No obstante, fracasó rotundamente, a pesar de que únicamente le faltó disfrazarse de payaso... En el momento que tuvo delante al desconocido, llegó a la conclusión de que no la veía a pesar de estarla mirando. Por este motivo, abochornada, debió retirarse.

No obstante, aunque la pecadora fuese incapaz de despertar la atención de aquel personaje, se pudo comprobar